

## COMUNICACIONES

### «Yo no sé qué creer». Entre «creer» y «saber»: la negación

### «I don't know what to believe in». Between «believing» an «knowing»: denying

MARIELA MICHELENA<sup>1</sup>

Fecha de Recepción: 25-11-2004

Fecha de Aceptación: 02-11-2004

*"No, no soy yo, es otra la que sufre.  
Yo no podría sufrir tanto."*

**Ana Ajmatova**

Los versos de Ana Ajmatova que abren las puertas a esta nota nos colocan, sin rodeos, ante la enorme dificultad del ser humano para aceptar como propias las experiencias más dramáticas con las que la vida nos enfrenta. "Esto no es verdad, esto no me puede estar pasando" solemos pensar. La poeta rusa va más lejos y no pone en duda la realidad que tiene que aceptar sino su propia capacidad para tolerarla: este sufrimiento es demasiado para mí "*yo no podría sufrir tanto*".

Aceptar la realidad, hacerse con ella, resulta con frecuencia un proceso lento y doloroso. Empezando

por ese primer reconocimiento de la diferencia yo-no yo, que obliga muy pronto al bebé abandonar su omnipotencia y a aceptar su fragilidad y dependencia; aprehender la realidad, en todos los casos, requiere de la puesta en marcha de una serie de mecanismos psíquicos encaminados a hacer de la experiencia algo más soportable y digerible. Uno de estos mecanismos es la negación. A través de la negación postergamos el encuentro con una realidad que nos supera, nos damos un tiempo, nos preparamos para reconocer y aceptar los rigores de la vida. Cuando esa realidad a la que hay que enfrentarse es, además, el resultado de un evento inesperado y traumático, de una tragedia inexplicable como el atentado perpetrado en Madrid el 11 de Marzo del 2004, los mecanismos de protección funcionan con una violencia y una radicalidad proporcional a la situación que

<sup>1</sup> Psicoanalista. Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica de Madrid.

tienen que afrontar. A continuación, relataré uno de los casos que tuve oportunidad de atender como voluntaria en un Hospital de Madrid, en el que puede apreciarse la utilización masiva del mecanismo de negación.

Lunes 15 de marzo en la noche, sólo han pasado 4 días desde la fecha del atentado, una enfermera pide ayuda psicológica para una persona que está en estado de "shock". *"Es Ana, una paciente que acaba de ver en un reportaje de televisión la foto de su marido entre los muertos."*

Cuando llego hasta su cama la televisión sigue encendida, el reportaje ha terminado y Ana está como ausente, con los ojos muy abiertos mirando a ninguna parte. Me acerco a ella, no sólo físicamente sino también en mi condición de psicólogo y de latinoamericana. Entonces me cuenta:

*"Es que han pasado la foto de mi marido por la televisión, y dicen que es uno de los muertos. Yo no sé qué creer. En un canal dicen que está herido y en otro dicen que está muerto. Creo que se equivocan. A mi país llegó la noticia de que yo estaba muerta y fijate... estoy viva. Es que no sé... En Antena 3, en cambio, no lo ponen en la lista de los muertos... A veces se confunden y yo no sé qué pensar."*

La situación es dramática y yo tampoco sé muy bien qué pensar. Su marido, ¿está vivo o está muerto? ¿Ana sabe o no sabe? ¿Se habría enterado de algo tan impor-

tante a través de la televisión? Cuando Ana dice: *"yo no sé qué creer"*, entiendo que ella quiere "creer" en algo, tal vez mantener una esperanza, la ilusión de que su marido pueda estar vivo, no parece demasiado dispuesta a "saber" la verdad y nada más que la verdad. Al menos no todavía. Respeto sus tiempos, respeto su duda y en vez de hurgar en los detalles del reportaje o precisar qué es lo que Ana sabe o qué es lo que no sabe, le pregunto un poco por su vida, si tiene hijos, cuánto tiempo lleva viviendo en España, cómo llegó del su país, etc. Con estas preguntas no pretendo distraerla del horror que está viviendo, sino acompañarla a reconstruir una historia que en este momento está desintegrada, hecha pedazos. Me cuenta que ella se vino antes, explica:

*"yo quería una vida mejor, en Perú estudié contabilidad y aquí soy empleada de hogar, pero aquí gano más dinero".*

Llevan 8 años viviendo en Madrid. Tienen una hija de un año que nació con una afección pulmonar y acaban de comprarse un piso en Alcalá. Dice que a pesar de todo, ella piensa quedarse en España, aquí su hija recibirá una mejor atención médica.

*"De hecho, cuando vino la funcionaria de la Comunidad de Madrid con mi cuñada para decirme que mi marido había muerto y que yo tenía que decidir si lo enterrábamos aquí o si repatriaban el cadáver, yo decidí que lo enterraríamos aquí. Es aquí donde mi hija y*

*yo vivimos y será aquí donde mi hija y yo visitaremos su tumba."*

En ese momento me enteré. El marido de Ana está muerto y ella lo sabe. Ella misma decidió enterrarlo en Madrid. En alguna parte de su cabeza Ana lo sabe, pero es tan insoportable eso que sabe que lo niega y entonces *"no sabe qué creer"*. Deliberadamente no hago ningún comentario al respecto. Me parece suficiente con que ella se haya escuchado a sí misma contando esa historia que empieza en Perú, que incluye la muerte de su marido y que tiene continuidad en esa hija enferma que vive con ella en España y con quien irá al cementerio. Ana sabe, pero todavía no puede creer lo que sabe. Necesita de un tiempo, de una tregua. Necesita negar lo que sabe, desconocerlo. Yo sólo desempeño el papel de un testigo que permite a Ana contradecirse libremente, saber y no saber a un mismo tiempo.

La historia de Ana tiene rasgos comunes con muchas de esas otras historias que salieron a la luz por esas fechas, pero es **su historia**, esa que hace que Ana sea Ana y no la señora de la habitación de al lado. Esa historia es lo que le confiere una identidad a Ana más allá de esa terrible etiqueta de ser una "Víctima del 11-M". Contar su historia la ayuda a reconstruirse, le recuerda que tiene un pasado y le ofrece también un futuro. Y es sólo a través de esa promesa de futuro que Ana puede mencionar y reconocer este presente horrible: *"Será aquí donde mi hija y yo visitaremos su tumba"*.

La ví varias veces durante los 15 días que estuvo hospitalizada. Solía contarme, sobre todo, los problemas que habían surgido con su familia política a raíz de la muerte de su marido. Parecía que esa muerte ya estaba aceptada, sin embargo, Ana seguía llena de dudas. Los datos que le llegaban no encajaban, le parecía que había muchas incongruencias en las diferentes versiones que recibía:

*"El jefe de mi marido fue al Hospital y dice que cuando él llegó estaba vivo, ¿entonces por qué dicen que está muerto?"*

Yo intenté darle una lógica simple a lo absurdo de esa muerte: "Puede que llegara vivo al hospital y que después muriera..."

*"Mi cuñada fue la que reconoció el cadáver en IFEMA y dice que tenía las piernas vendadas. ¿Por qué tenía las piernas vendadas si estaba muerto?"*

"Puede que llegara vivo al hospital, que tuviera heridas en las piernas, que le curaran esas heridas y que muriera después por otra cosa..."

*"Vale. ¿Tú crees que podré ir al hospital y pedir su informe?"*

"Sí, yo creo que sí, tal vez te puedan explicar qué pasó, y puedas entender cómo fue que llegó vivo al hospital, por qué tenía las piernas vendadas y de qué murió."

*"Yo quiero ver la autopsia para saber de qué murió. A lo mejor murió de un infarto..."*

El atentado del 11-M y sus consecuencias en la vida de Ana son inconmensurables. Ana está buscando una explicación que nadie puede darle, porque la muerte prematura y repentina de su marido no tiene explicación. Así, toma pequeñas parcelas aprehensibles, datos concretos de esa realidad que no entiende para intentar darle una cierta coherencia, una mínima lógica a la tragedia que tiene que enfrentar.

Días después estaba más tranquila, los problemas familiares parecían estar bajo control, habían llevado a su hija a verla al hospital y eso la había emocionado mucho, además, la habían entrevistado para la televisión y el reportaje se vio también en el Perú. En medio de esa conversación, aparentemente intrascendente, me contó que lo que más le obsesionaba y le era más difícil de entender era cómo, yendo los dos juntos en el tren, su marido había muerto y ella no.

Ahora Ana tiene que entender dos cosas; ¿por qué su marido está muerto? y, por otra parte, ¿por qué ella sigue viva? La culpa del superviviente es un sentimiento profusamente descrito en la literatura que trata el tema de las tragedias colectivas. El triunfo de estar vivo viene acompañado, inevitablemente, de un cierto sentimiento de vergüenza. Los verdaderos héroes, ¿son los

muertos o los vivos? Así, Ana también busca explicarse el por qué de este azar que a ella la deja herida de muerte, pero viva y a su marido muerto. Pensar que su marido murió de un infarto, le permite a Ana suponer que murió de algo propio, por así decirlo, de algo que sólo le concierne a él, de algo distinto a aquello a lo que ambos estuvieron sometidos esa mañana en aquel tren. Si su marido murió de un infarto ella no tendría que sentirse tan culpable de estar viva, porque las causas de su muerte fueron otras...

Físicamente Ana está mejor y le dan el alta en el Hospital. Antes de despedirse me comenta, como una confidencia, que le preocupa no poder dejar de ver los periódicos, sobre todo uno en cuya portada hay una foto a toda página. Me enseña la foto, allí está ella, Ana, tumbada en el suelo, rodeada de heridos y de escombros, acurrucada bajo una manta improvisada junto al voluntario que la acompañó esa mañana:

*"No puedo dejar de buscar a mi marido en esta foto... en algún lugar tiene que estar, estábamos juntos, no puede estar muy lejos de mí en esta foto..."*

Ana sigue y seguirá buscando... una imagen, un consuelo, una explicación, una respuesta.